FARO DE VIGO
LUNES, 9 DE NOVIEMBRE DE 2015

Su misión es ayudar a las familias de las víctimas de accidentes, naufragios, desapariciones u otras situaciones de emergencia. Son el Grupo de Intervención Psicológica en Catástrofes y Emergencias de Galicia, una red de profesionales en guardia las 24 horas del día, los 365 días del año. Este fin de semana celebraron una jornada para revisar sus intervenciones en naufragios como el del arrastrero "Mar de Marín", ocurrido en la Ría de Vigo en 2014.

Reflotar la mente tras el naufragio

Esta es una de las situaciones de emergencia que tratan los psicólogos del GIPCE

ÁGATHA DE SANTOS ■ Vigo

Intervienen en situaciones de emergencia y catástrofes humanas, y su misión es evaluar la situación y asegurarse de que los afectados tienen los suficientes recursos, tanto personales como sociales, para salir adelante de una situación tan dramática. Son los psicólogos del Grupo de Intervención Psicológica en Catástrofes y Emergencias (GIPCE) del Colegio Oficial de Psicología de Galicia, que forman medio centenar de especialistas, en activo las 24 horas del día, los 365 días del año. "Siempre hay alguien de guardia. En cuanto recibimos la llamada, nos movilizamos", explica la psicóloga Ana Núñez Rubines.

Una de las situaciones de emergencia para las que son requeridos sus servicios son los naufragios. En los dos últimos años han intervenido en media docena. Los especialistas de este grupo han intervenido, entre otros, en los naufragios del arrastrero "Mar de Marín", ocurrido en la Ría de Vigo en 2014 y en el que perdieron la vida cinco tripulantes; el del "Safrán", con base en Viveiro, sucedido el mismo año; y el del "Cordero", arrastrero que se hundió en 2008 a unas 20 millas de cabo Prior, en A Coruña. Este fin de semana, el GIPCE celebró una jornada de formación práctica en la que revisaron sus intervenciones en estas situaciones. "El objetivo era revisar las actuaciones que hemos tenido para, a partir de las experiencias, enriquecer al resto del grupo y sacar conclusiones de cara a intervenciones futuras", explica la psicóloga, coordinadora de este encuentro de trabajo.

La psicóloga Ana Núñez Rubines. // Xoán Álvarez

La intervención de estos psicólogos se circunscribe al momento de la emergencia y finaliza cuando la familia entierra a la víctima. "Nuestra intervención es evaluar la situación y asegurarnos de que las víctimas tienen los recursos personales y el apoyo social necesarios para que puedan salir adelante de esa situación", comenta.

Cada caso de emergencia es distinto y no existe un manual que recoja las claves para manejar una situación tan dramática y en la que suelen están involucradas personas con perfiles muy diferentes. Sin embargo, la experiencia en casos anteriores puede ser un importante aliado para el psicólogo. "Cada caso es único porque las personas también lo somos. No todos tenemos la misma resistencia para hacer frente a una situación de este tipo. Tampoco es lo mismo afrontarla si estás solo que si tienes una red social –familiares, amigos, vecinos– que te apoya. Nosotros trabajamos para que cada persona se aproveche de todos los recursos que tiene, aunque no los conozca, para que pueda hacer frente a esa situación y seguir con su vida", detalla.

Situaciones de emergencia como los naufragios pueden una dificultad añadida, que es la desaparición de la víctima en el mar. "No es lo mismo que aparezca el cuerpo a que permanezca desaparecido. Esto último hace que el duelo sea mucho más complejo porque la familia no puede ponerse el luto ni enterrar a la víctima; no hay tumba", explica.

> La desaparición del cuerpo es uno de los factores que puede complicar el luto

También en casos de desapariciones, el trabajo de estos psicólogos se prolonga algo más allá de la situación de emergencia. "Estamos activados durante unos días más, pero cuando se acaban las tareas de búsqueda derivamos a las familias a los servicios normalizados: médicos de cabeza, de salud mental", detalla.

El proceso de luto suele durar entre dos y tres años, y pasa por distintas fases: estado de *shock* tras recibir la noticia; negación de lo sucedido; una fase en la puede haber ira, rabia; y por último, la de aceptación y resignación. "Hay que aprender a recuperar la actividad que tenías antes para seguir adelante, y a tener volver a tener motivaciones. Si el proceso de duelo se complica y se alarga en el tiempo puede anular la vida de la persona", advierte.

ALMUDENA GRANDES ■ Novelista

"Me gusta más este país de resistentes pobres que la España hortera de antes"

"No hay otra solución que rebelarse, si no estamos perdidos"

ALFONS GARCÍA ■ Madrid

Haber visto besar el pan que cae al suelo marca una distancia generacional en España. Supone también una diferencia a la hora de afrontar la pobreza: vivirla sin vergüenza y con esperanza, como hicieron los abuelos de hoy en su posguerra, o sobrellevarla humillados. Es la tesis sobre la que Grandes vertebra «Los besos en el pan», novela coral sobre la crisis actual, "una guerra, en realidad, que hemos perdido".

–¿La verdadera marca España es la pobreza?

–Es una de las marcas España. ¿Sabe? Desde la posguerra hasta el destape, el tema de todas las películas españolas es la pobreza.

–Se nota en la novela, porque la trama coral y el principio con una voz en off que sitúa la historia recuerda al cine neorrealista. ¿Ha escrito un "Plácido" de 2015?

–Ojalá, porque es una obra maestra. Aunque es otra época y otra literatura, es un libro que se acerca por su intención a la novela social, que emparenta con el cine neorrealista, que no se agota en Berlanga y Bardem. Por eso el principio es decir al lector qué vamos a ver, la vida de un barrio.

–Y la tesis es que más que arruinados, los españoles de hoy estamos perdidos...

–Atontados y perdidos. Se llama Los besos en el pan porque es una reivindicación consciente de la cultura de la pobreza con dignidad. Para los españoles ser pobre no debería ser una novedad porque siempre lo hemos sido. Sin embargo, no era algo vergonzoso, humillante ni paralizante; no excluía la alegría, la esperanza ni la ilusión. La vida era eso.

–¿Y ya no lo es?

–No. Se heredaba la pobreza, sí, pero también una dignidad y serenidad que ahora no hay, porque este país se ha convertido en los últimos veinte años en un país de nuevos ricos, consumista, muy desagradable, insolidario y hortera, en el que todo era cambiar de móvil y de coche. La situación actual es más dura porque hemos perdido esa cultura, ya no tenemos el patrimonio del ejemplo de los abuelos.

–¿Esta España de resistentes pobres y derrotados le gusta más que la España hortera de hace pocos años?

–Mucho más. No creo que en la pobreza esté el futuro, porque es cínico y es mentira, pero el país que hemos vuelto a ser tiene muchas cosas que me conmueven a diario, mientras que en la España espantosa del pelotazo no me conmovía nada.

–¿El libro es una llamada a la rebelión, a no ser dóciles?

–No hay otra solución. Si seguimos pensando que lo único que hay que hacer es esperar y aguantar a que nos recorten el sueldo otra vez y que pasado mañana volveremos a comprar un smartphone de última generación estamos perdidos. La solución de este país es mirar hacia atrás y recuperar la capacidad de plantarse de los mayores.

Almudena Grandes. // Efe

–¿Si tuviera 18 años, estaría preparando cócteles molotov?

–Pues quizá sí. Lo que pasa es que cuando tenía 18 no hacían falta los cócteles molotov, porque había un movimiento político articulado que parecía que podía influir en el poder. Eso ha desaparecido. Los jóvenes de hoy, cuando se acaban las asambleas del 15M, terminan pensando en los cócteles molotov.

–¿La salida política del 15M no era Podemos?

–Para muchos sí, pero provocar pasiones desde la tibieza es difícil.

–Lo dice por lo no de no ser de derechas ni de izquierdas.

–Sí. Con ese discurso de que las ideas no sirven para llegar al poder pueden conseguir el voto de mucha gente que no tiene 18 años, pero a estos no los van a atraer.

–¿Y a usted no le tienta la política? Ofertas ha tenido...

–Sí, pero es que escribo novelas muy largas... Lo que me gusta es levantarme, ponerme las zapatillas y quedarme escribiendo todo el día. No me tienta la política porque me gusta mucho mi oficio y es un despilfarro abandonar algo que te gusta. Además, lo que pueda hacer en mis libros tiene más valor.